

cisco Valverde como obra de mérito relevante, digna de figurar en todas las bibliotecas.

La Academia, no obstante, resolverá conforme á su alta sabiduría.

Madrid, 17 de Abril de 1903.

ADOLFO CARRASCO.

IV

DISQUISICIÓN ACERCA DE LA ANTIGUA CIUDAD DE MUNDA POMPEYANA (1)

Hasta ahora hay conformidad absoluta en cuanto á la existencia histórica de nuestra Munda, pero se desconoce enteramente su situación geográfica, dato indispensable para darse cuenta cabal de aquella guerra civil ferocísima en que se derramó tanta sangre española en ambos bandos, sin que ninguno de éstos se curase de tamaños sacrificios por parte de quienes de todos modos habían de ser víctimas. Varias Mundas ha habido en la Península Ibérica (2), y aun muchas, si se ha de creer al Barón de Humboldt, quien sostiene que *munda* significa monte, que conservan los bascos en mendía, mundía y otras voces semejantes; el caso es acertar con la auténtica é indisputable.

Se admitía generalmente que la Munda en cuestión fué la llamada hoy villa de Monda, de la provincia de Málaga y partido de Coín, la cual, sin embargo, no coincide en sus señas topográficas con la descripción que da Hircio en su *Guerra Hispánica*. Esta opinión irreflexiva, hija de resabios eufónicos (por más que

(1) Adjunta al informe sobre la *Historia de Baena*.

(2) D. Aureliano Fernández Guerra recuerda hasta siete en su *Munda Pompeyana*. Sin embargo, López Bustamante, en el *Examen de las medallas atribuidas á Munda*, afirma que ninguna de las poquisimas conocidas pertenecen á ciudad alguna de este nombre.

algunos atribuyan etimología arábica al vocablo Monda), ha prevalecido hasta que Pérez Bayer la desvaneció en 1782, demostrando que en aquellos contornos no podían evolucionar ni batirse dos ejércitos tan considerables como los de César y Cneo Pompeyo, y que las distancias de tal población á otros lugares que juegan en aquella guerra no conciertan con los tiempos en que se afirma fueron recorridas por las tropas, esto aparte de no haberse encontrado por allí ruinas, inscripciones ni vestigios conmemorativos de Munda. Mas, si bien no pudo tener este emplazamiento, menos le conviene el que se inclina á concederle el mencionado crítico, que es en la villa de Monturque (la antigua Meruera en la provincia de Córdoba, entre Cabra y Aguilar, á ocho leguas de la capital), porque en ella no concurren las circunstancias locales requeridas, aunque no haya la dificultad de las distancias.

Cortés y López, en su *Diccionario geográfico é histórico* (1836), rechaza la designación de Monturque, prefiriendo Montilla á seis leguas de Córdoba. A este parecer se adhiere el Sr. Valverde en su *Historia de Baena*, y lo puntualiza con ayuda de un croquis muy expresivo y apoyo de varios estudios modernos de personas competentes nacionales y extranjeras, explicando plausiblemente los lances de la batalla.

D. Rafael Atienza y Huertos publicó en 1857 un folleto titulado *La Munda de los Romanos y su concordancia con la ciudad de Ronda*. Ya se sabe que Ronda pertenece á la provincia de Málaga en sus límites con la de Cádiz y á once leguas de aquella capital. El autor desecha las proposiciones que habían precedido, incluso la del Castillo de Víboras en la sierra de este nombre de la provincia de Jaén, cerca de la de Córdoba, indicada por Fernández de Sousa, y decididamente inaceptable. Reconoce que Ronda es la antigua Arunda, y dice que este nombre procede de Munda y luego se convirtió en Ronda. Refiere que allí hay una enorme piedra, que por su mucho peso no puede haber sido llevada de otra parte, y sirve de brocal á un pozo, en la cual se leen unos letreros latinos, cuya versión, según D. José Vela López, es: «El senado y pueblo romano erigieron esta ara al dios Marte».—

«El César á la ciudad de Munda. Año I». Y concluye, que la posición elevada, la llanura adyacente, el arroyo que la corta y accidentes de éste, cuadran con el relato de Hircio (quien no hubiera dejado de mencionar, por cierto, el famoso *tajo* ó cortadura). Queda en pie lo concerniente á las distancias. Lo único admisible es que Cneo, en el colmo de su desgracia, acudiera á ampararse de aquellas escabrosidades y se ocultara y fuera muerto en la caverna vecina, todavía denominada de Pompeyo.

Toca ahora el turno á D. José Oliver y Hurtado, quien fué comisionado, en 1864, por esta Real Academia, «para explorar el territorio en que debieron tener efecto los últimos sucesos de la guerra pompeyana». En cumplimiento, recorrió el Sr. Oliver «las ruinas, despoblados, accidentes topográficos y todo linaje de antigüedades de que pudo adquirir noticias en los parajes situados á la banda meridional del río Genil, por la parte en que corre fronterizo de la sierra, al Norte de las ciudades de Málaga y Ronda», haciendo buen acopio de medallas y objetos artísticos, así como de noticias históricas y geográficas; pero sin adelantar ni un paso en el descubrimiento de la anhelada Munda, á lo que no contribuyó poco la idea preconcebida de que esta ciudad se debía hallar necesariamente en aquel territorio, al Sur y próxima de Osuna, supuesto que, una vez tomada Munda, se revolvieron sobre Osuna las huestes cesarianas, transportando para expugnar ésta los aprestos que habían servido en la otra, á causa de estar Osuna exhausta de arbolado legua y media ó dos en circuito. En la Memoria que sobre sus gestiones presentó á la Academia con el título de *Viaje arqueológico*, etc., declara que todavía no se podía fijar el punto deseado, aunque congratulándose, con harta razón, de que por otros conceptos no habían sido infructuosas sus discretas investigaciones. Es de notar que no advirtió señales ni sospechas de Munda en los cerros de la Rosa Alta y del Acebuche (de que luego hablaré), no lejanos de la Puebla de Cazalla, á pesar de la tradición extendida en este vecindario de que las ruinas que allí se contemplan deben ser las de Munda Pompeyana; ni percibió indicios tampoco en el cerro de Cabeza de Repla, cerca del pueblo de los Corrales, que es donde situó Munda el

arcediano de Ronda D. Laureano Padilla, cronista del emperador Carlos V; y renunció, por último, á su pasada propia opinión favorable á Ronda la vieja, convencido de que ésta es la antigua Acinippo.

En 1866 dió á luz D. Aureliano Fernández Guerra su *Munda Pompeyana*, que no es sino un dictamen sobre la Memoria de igual título de los Sres. D. José y D. Manuel Oliver, premiada por esta Real Academia el año de 1860 en el certamen abierto para recompensar la mejor «Demostración del sitio que ocupó la célebre ciudad pompeyana de Munda», en la cual Memoria se opinaba que el sitio buscado era el mismo que hoy se llama Ronda la vieja, según acabo de consignar. El Sr. Fernández Guerra, en su eruditísimo y sabio escrito, desaprueba esta conclusión, lo mismo que las demás enumeradas, é igualmente la sierra de Estepa, á que antes se había inclinado, y Mezquitilla sobre el río Corbones, de la provincia de Sevilla cerca de la de Málaga, que algunos habían indicado; unas por razones geográficas, otras por las topográficas, y las demás por las históricas, etc. Y sin determinar cuál sea en definitiva, simpatiza con el cerro y contigua llanada de la Rosa Alta, ya dicha, entre Osuna, los Corrales y Cazalla; por ser el punto estratégico y llave de todas las posiciones de la Bética, cruce de los diversos caminos por los que Pompeyo podía recibir socorros, en donde concurren los accidentes topográficos de rúbrica y el pie forzado de la proximidad de Osuna; ítem más, por el arraigado convencimiento en dicho señor de que no podía estar en el ángulo de terreno de la provincia de Córdoba, comprendido entre el Guadalquivir y el Genil.

A fin de poder juzgar desapasionadamente y sin prejuicios, es menester recordar en breve pero exacto compendio lo que aparece en la *Guerra Hispánica*, atribuída á Hircio, que es la fuente en que han bebido los autores sucesivos, aunque no habiendo todas digerido bien sus aguas, ciertamente algo turbias.

Julio César desembarcó en Sagunto, y desde aquí en diez días con sus tropas se puso á marchas forzadas en Obuleo (Porcuna, en la provincia de Jaén), Cneo, el mayor de los hermanos Pompeyos, estaba á la sazón sitiando á Ulia (Montemayor, de la pro-

vincia y á una jornada de Córdoba), mientras el menor, Sexto, se mantenía en Córdoba. César, después de haber introducido un buen refuerzo en Ulia, se dirigió á amenazar á Córdoba, logrando así que Cneo abandonase el sitio de Ulia por ir á socorrer á Córdoba. Entonces César se apartó de esta plaza y emprendió el sitio de Attegua (Teba la vieja, á media jornada de Córdoba y á la derecha del río Salso, hoy Guadajoz). Cneo le siguió, yendo á situarse á media legua de Attegua, entre ésta y Úcubi (ó Lugubi, como le llama Hircio), á la parte opuesta del expresado río, para desde esta posición incomodar á su contrincente, como lo estuvo haciendo hasta que Attegua se rindió el 12 de Febrero del nuevo calendario, año 45 antes de la era cristiana. En vista de esto Cneo se acogió á los muros de Úcubi, siguiéndose repetidos combates y peripecias que no son de mi objeto. Por fin, Cneo Pompeyo abandonó á Úcubi en los primeros días de Marzo, y fué á establecer su campamento en unos olivares al lado de Ipagro (Aguilar, entre Montilla y Monturque á siete leguas de Córdoba).

Aquí comienza la obscuridad de Hircio. Dice que César levantó luego su campo también, después de quemar á Úcubi, y atacó seguidamente á Ventisponte (hacia Puente Genil, á orillas del río de este nombre y nueve leguas de Córdoba), que se entregó, desde donde, marchando contra Cárruca (que se supone en Carcabuey, de la misma provincia de Córdoba y á once leguas de ésta), «acampó frente á Pompeyo, quien prendió fuego á la plaza por haberle cerrado sus puertas». E inmediatamente, sin transición, noticias, referencias ni detalles, añade en concreto: «Habiendo llegado de allí á la llanura de Munda, César acampó enfrente de Pompeyo, y el día siguiente cuando quería partir, supo que Pompeyo estaba formado en batalla desde la media noche», y César se determinó á dar el combate, día 17.

A continuación, y antes de relatar la batalla, advierte que aquel país está lleno de montañas, «como ya había dicho». Cuenta que, terminada la acción, los enemigos se retiraron á Munda para defenderse en ella, y se procedió á la circunvalación; que Valerio se salvó en Córdoba con alguna caballería y dió aviso de

la rota á Sexto Pompeyo, quien á la primera vigilia de la misma noche se ausentó de la ciudad. Por otra parte, Cneo Pompeyo, con algunas fuerzas de caballería é infantería, huyó á Carteya (Rocadillo en la bahía de Algeciras), donde estaba su escuadra naval, «á más de 40 leguas de Córdoba», y sigue narrando los sucesos de Cneo hasta su muerte. Volviendo á César, refiere que éste, después de cercada Munda y confiado el sitio á Fabio Máximo, marchó á Córdoba, que tomó; de ésta á Sevilla, de que también se apoderó; y luego lo mismo de Asta y de las demás ciudades que encontró á su paso hasta Cádiz; é intercala que la cabeza de Cneo le fué presentada al entrar en Sevilla el día 12 de Abril. Más adelante especifica que los contornos de Osuna estaban talados por disposición de Pompeyo el menor, que se había encerrado en ella.

Aunque estas cosas son muy sabidas, me ha parecido conveniente recordarlas con toda fidelidad para fijar las ideas; y con el mismo objeto divido los comentaristas modernos de aquellas guerras en dos grupos bien definidos: el de los que suponen á Munda situada en la provincia de Córdoba, entre el Guadalquivir y el Genil, y el de los que pretenden que la incógnita ciudad estaba fuera de la provincia, al otro lado del último de los citados ríos, y empezaré por el primero de esos grupos, caracterizándole en la hipótesis de Montilla, que defiende y explica el Sr. Valverde en su *Historia de Baena*.

Estando todos de acuerdo hasta que Cneo Pompeyo se trasladó á Ipagro (Aguilar) y César levantó su campo é incendió á Ucubi, de este punto partirán mis reflexiones. Valverde admite que Cneo permaneció en Ipagro ó sus inmediaciones hasta la víspera de la batalla. Entretanto César, á juicio del mismo autor, marchó por donde están Castro del Río y Baena, á contracorriente del río Marbella; tomó á continuación por la cañada que separa el monte Horquera de la sierra de Luque, y desembocó en la llanura de Cabra, llegando hasta Ventisonte; habiendo rodeado y dado en todo este trayecto de 90 kilómetros el costado derecho al enemigo, que era dueño de los montes de dicho lado y estacionaba en aquellas campiñas de Cabra, Aguilar y Mon-

turque. Una vez tomado Ventisponde sin resistencia el 10 de Marzo, regresó César sin oposición por el mismo camino al abandonado Úcubi (Espejo).

Aquí no se sabe qué admirar más, si semejante marcha y contramarcha de flanco de un inmenso ejército con numerosa caballería por parajes tan estrechos y dificultosos, á la vista y alcance de un adversario fuerte y bien establecido, ó la apatía de ese adversario que lo consiente impasible, y sin más fin aparente que el de tomar á Ventisponde, y quizá á Cárruca á costa de un pequeño desvío, si en efecto estaba en Carcabuey, fortalezas que nada embarazaban, ni habían embarazado, á no ser que el designio hubiera sido cortar la retirada á Pompeyo enseñoreándose del puente, por no ser vadeable el Genil en la estación reinante; plan increíble, requiriendo tres jornadas penosas, mientras á Cneo le bastaba una corta para llegar al río, y en todo caso podía César impedirle el pasaje con sólo seguir directamente el movimiento. Por lo demás, les fué factible acampar uno enfrente de otro en el tránsito de Ventisponde á Cárruca, en la forma que Valverde indica en su croquis. Pero, ¿adónde iba César cuando en los campos de Munda supo los preparativos de Cneo para la batalla?

Pasadas estas cosas tan inverosímiles que calla Hircio, las subsiguientes ya son explicables con arreglo á las distancias y situaciones. En efecto, pudo muy bien saberse en Córdoba la misma noche el desastre de Pompeyo, y era lo más lógico y natural que César se echase lo primero sobre dicha capital, como lo era igualmente que allí encontrase recogidas las legiones de libertos y prófugos, y la valerosa décimatercia, procedentes del ejército derrotado, por efecto de la corta distancia; y no lo es menos que el vencedor siguiera el curso del Guadalquivir y fuera sometiendo por su orden Sevilla y las demás ciudades, hasta Cádiz, que le era adicta, en tanto que simultáneamente Fabio Máximo, en dirección paralela, iba desde Munda á reducir á Urso (Osuna, de la provincia de Sevilla); sin que se pueda objetar razonablemente á esto como obstáculo insuperable la necesidad que hubo de conducir á Urso los pertrechos que habían servido en Munda,

aunque estuviera ésta en Montilla, no existiendo ya entonces ejército de socorro que lo estorbara. Vese, pues, que en esta hipótesis lo ambiguo y cuestionable es lo relativo á la maniobra de los cesarianos de Úcubi á Ventisponde y viceversa, toda vez que las circunstancias de lugar del combate convienen con las señas que suministra Hircio, según los que han hecho el examen práctico y visual, lo que no sucede en los demás sistemas propuestos.

Ahora vamos al segundo grupo, que reduciré al informe del Sr. Fernández Guerra, porque resume y rebate las otras opiniones y es el menos opuesto á la acabada de considerar. Tomo el mismo punto de partida, Ipagro. Pompeyo se dirigió desde aquí á la remota Carteya, pasando por Ventipo (que equipara á Ventisponde), Márruca (las Marcas) y Urso (Osuna); pero desde ésta torció á su derecha, como en demanda de Sevilla, y en término de Cazalla (Cárula) presentó la batalla á su contrario, pudiendo haber sido el sitio fijo del conflicto, al parecer del autor, el cerro de la Rosa Alta, por los motivos que quedan insinuados. Esta es la exposición; pasemos ahora á las observaciones.

Seguramente en ese espacio comprendido entre Cárula (Cazalla, de la provincia de Sevilla) y Ostippo (Teba, de la de Málaga), se hallaba el nudo estratégico de la porción de Bética (1) del lado izquierdo del Guadalquivir; y si esta parte hubiera sido una comarca independiente y aislada, allí debía haber habido un poderoso núcleo de fuerzas para atender á cualquiera de las extremidades por donde se presentase una amenaza, para impedir al enemigo la comunicación entre puntos opuestos y para evadirse ó fraccionarse en caso necesario. Pero la defensa no estaba así organizada, sino que se acumulaba en Córdoba, posición central de toda la Bética, importante por sí misma y por sus enlaces con las demás principales de la región, y por radicar en el Guadalquivir, mediante el cual se comunicaba fácilmente con la poderosa Sevilla y con el mar. Por eso cuando llegó César, todo el

(1) Aunque hasta Octavio no se sancionó la división territorial española de que era una parte la Bética, ya estaba proyectada en el tiempo á que me refiero, y se presta muy bien á mis explicaciones.

grueso de tropas de los Pompeyos se hallaba concentrado en Córdoba, en cuya provincia se desarrollaron los hechos culminantes de aquella guerra.

Si se dió la gran batalla en el cerro de la Rosa Alta, fué fortuitamente y no de resultas de un plan combinado; pues según la hipótesis de que me voy haciendo cargo, César caminaba en dirección paralela y un poco retrasado de Pompeyo por la derecha de éste (suponiendo que hubiera por donde hacerlo), y cuando Pompeyo cambió de rumbo, pasado Urso, tuvo que cortar la línea que seguía César, encontrándose ambos ejércitos sin pensarlo. Por cierto que al decir del aludido Oliver, la topografía del sitio difiere de la señalada por Hircio, á lo que se contesta, que en veinte siglos todo ha podido variar, allanándose los montes, cegándose los barrancos, cambiando de curso las aguas, etc.

Remontando de nuevo al principio. ¿Adónde y para qué emprendió Cneo tan prolongada caminata á través de toda la Bética sin haber sido derrotado, dejando abandonada Córdoba á merced de su enemigo, y con tal aglomeración de gente desmoralizada por aquella especie de huída, tan difícil de mantener y manejar que formaba una columna de marcha de leguas de extensión? Porque si iba á Carteya quedaba también desamparada Sevilla y otras plazas, y si lograba asirse de su ya quebrantada escuadra (insuficiente para embarcar el ejército), nada próspero podía prometerse estando Didio en Cádiz con la de Julio César; y si trataba sólo de buscar el apoyo de una plaza fuerte para dar la batalla, no necesitaba ir tan lejos para encontrarla, incluso la misma de Urso ú Osuna, que se dejó atrás.

Por otra parte, es bien raro que Hircio registre cuidadosamente la traslación del campamento de Pompeyo á unos olivares, y luego no diga nada del paso del Genil ni de la marcha de los dos ejércitos enemigos casi en contacto hasta la llegada al campo de batalla. Al describir este campo expresa que «todo aquel país está lleno de montañas, como ya había dicho», siendo así que hasta este momento sólo había hablado del territorio de Úcubi, Attegua y cercanías en que se habían verificado los sucesos anteriores al planteamiento del campo de los olivares de Ipagro, y sólo de es-

tos sitios y no de otro alguno manifiesta la montuosidad en varios pasajes de su discurso, por lo cual la observación parece referirse precisamente á estos sitios nada más. Terminada la batalla, dice que Cneo huyó á Carteya, añadiendo «á más de 40 leguas de Córdoba»; y no se comprende á qué citar la distancia desde esta ciudad y no desde Munda, que era el punto de origen. Nótese que la distancia á Carteya viene á ser igual desde Córdoba que desde Montilla, la Munda del Sr. Valverde.

Hay más todavía, y es que entre Ventipo y Urso no existía Cárruca (en donde estuvieron fronteros los campos enemigos), y sí solo Márruca (hoy las Marcas); y como Hircio señala terminantemente Cárruca, se quiere subsanar esta discordancia suponiendo que los copiantes de Hircio se equivocaron escribiendo Cárruca en vez de Márruca.

Concluída la batalla, nada más propio que la fuga del vencido Cneo con unos pocos á Carteya, cualquiera que fuese la distancia, para ampararse en la escuadra; pero lo demás que se sigue carece de explicación racional. ¿Cómo desde aquí Sexto Pompeyo recibió noticia de la catástrofe á tiempo para marcharse de Córdoba antes de media noche, previa distribución de riquezas y preparativos indispensables? ¿Cómo acudieron allí mismo en seguida las legiones que habían podido salvarse, y no á Sevilla, que estaba más á mano, y mejor á la vecina Osuna ú otros lugares fortificados próximos? ¿Por qué César prefirió ir á tomar á Córdoba primero que á Sevilla ú Osuna, donde pudo coger á Sexto, que se trasladó aquí desde Córdoba? Y ¿por qué este Sexto fué á guarecerse justamente en Osuna estando aún al lado César circunvalando á Munda? Y ¿cómo no se puso impedimento al sitio de Munda desde la misma Osuna, que tantas disposiciones de defensa adoptó después de la batalla? (1) Estos reparos y otros varios que se podrían hacer son extensivos en mayor escala á las hipótesis de otras Mundas más lejanas de la provincia de Córdoba, ya olvidadas por sus propios autores. A mí me parece que

(1) También se prescinde aquí de Plinio, que coloca á Munda entre Urso y Úcubi.

cualquiera mediano militar hubiera obrado muy diferentemente de como se supone lo hicieron César, Cneo y Sexto en la hipótesis que acabo de considerar.

No abrigo predilección ni antipatía hacia ninguna de las Mundas propuestas ni por las que aún no han salido á relucir, máxime no habiendo estudiado las localidades por mí mismo; pero considero como un tributo debido á la verdad, exponer lealmente las dudas que se ofrezcan en esclarecimiento de los hechos, ya que las deficiencias de la *Guerra Hispánica*, atribuída á Hircio, den lugar á todo género de suposiciones y fantasías, en su mayor parte ajenas á los principios de la ciencia militar, de que no es posible prescindir tratándose de una guerra.

Ya redactado este papel, ha venido á parar á mis manos la *Breve reseña de las campañas de Cayo Julio César en España, y examen crítico de la situación de Munda*, por el comandante de Estado Mayor D. J. M. Sánchez Molero, que se publicó en Madrid el año de 1867, posteriormente á todos los escritos antes mencionados, y no puedo menos de dedicarla algunas palabras, por cierto con satisfacción por su conformidad con mis apreciaciones, como no podía menos de ser, procediendo de los mismos fundamentos.

Este jefe formó parte de la Comisión que por mandato del Gobierno, á ruegos del Emperador Napoleón III, levantó el plano de la comarca que fué teatro de la guerra entre César y los Pompeyos, y además practicó por cuenta propia repetidos y prolijos reconocimientos y estudios, dirigidos al objeto que expresa el título de su obra. Las conclusiones son, que Munda no pudo estar de ningún modo al Sur del Genil, sino á la parte opuesta en la provincia de Córdoba ó muy cerca de ella; y que aunque no se puede adoptar todavía la solución de Montilla, es la que hasta ahora ofrece más probabilidades de certeza.

A. CARRASCO.